

MEMOROTECA

llanura

REVISTA COMPLUTENSE DE POESIA

11



FEBRERO
1963

BPM Cardenal Cisneros

llanura

Revista complutense de poesía

11

DIRECTOR

Luis Vallterra Fernández

ADMINISTRADOR

José Chacón García

l

COLABORAN

Fernando Sancho Huerta, Rafael Laffón, Francisco Garfias, Pelayo Fernández, Tomás Ramos Orea, Justo Guedeja-Marrón, Julio Mariscal Montes, Manuel Pacheco, José Chacón, Julio Ganzo, Luis de Blas y Francisco Antón.

Viñetas: Portada, Carlos Chacón; contraportada, Juan José de Castro.

δ

AÑO II

Febrero, 1963

Suscripción trimestral: 30 ptas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: GENERALÍSIMO, 101. — ALCALA DE HENARES.

DEPOSITO LEGAL: M.—4.459-1962

IMPRENTA T. P. A.

Cubierta plastificada por TALLERES BALMES, S. A. Vital Aza, 40. Tel. 2674614. Madrid.

VERNAL AMIGA

HEMEROTECA

LA PARVA de los años en mi era
—secas hojas cual mustios corazones—
percibe, aunque lejanos, ya los sones
de la clara y alegre Primavera.

Ya llegaste, puntual y tempranera,
mi dilecta cigüeña, la que pones
en mi acervo de rotas ilusiones
el verde corazón de una quimera.

Cuando muere el verano ya has volado
y tu ausencia me obliga a que recuerde
mientras camino, lento y fatigado,

tu beso anual, que allá lejos se pierde,
esperando —paciente e ilusionado—
traigas, una vez más, otra hoja verde.

BPM Cardenal Cisneros

FERNANDO SANCHO HUERTA

OLOR DE MI MADRE

HEMEROTECA

*NO ES ESTO un folletín, precisamente,
sino lo cotidiano fermentado. Mar filtrada,
ya dulce de años mil...*

Ya veis, mi madre...

*A nada olía mi madre
porque era pobre, no pudiendo
costearse perfumes delicados.
Y aun ni baratos...*

¿Y qué alegría era aquélla?

*Pues parecía alegre
su encogimiento de hombros como al sesgo.
Gentes graves, en tanto,
de piedad confortable y suficiencia,
sentenciaban: «¡Mujer ingobernable!»
Pero a nosotros —niños todos—,
tras de mirarse ella al espejo,
nos tomaba con manos codiciosas,
nos atraía inesperadamente a veces,
nos respiraba a fondo
—«a fondo», cual la estocada del final de un lance—.
Nos respiraba entre el cabello,
sobre los ojos, por los cuellos débiles...
Y en honesta limpieza
y tersura de piel ella aromábase.*

*Y ella a su vez pedía que la oliésemos.
Señor, qué risa quien lo hubiera visto.
¡Rama limpia, reveno en plena poda!*

*¿Por qué todo esto ante el espejo?
(Quizás la humana sordidez conjura
el misterio y sus santas sinrazones.)
Y es que a lo dicho debería agregarle
la palabra honradez
y sus secretos enloquecedores.
(¿No estaréis algo locas, mujeres honradas?).*

*Y una buena mañana,
cuando el sol está aún solo
con un aire inocente
por las habitaciones,
y suenan como cosa nueva y clara
hasta las toses en la calle,
estaba allí en el suelo
en una caja escueta y fragilísima,
que daba miedo no se deshiciera.
(Ya no podía quedar allí más tiempo.)
Y «allí» olía a balcón recién regado,
a sol, a un vientecillo fresco y tenue
entre geranios de verdura ácida.
Pero mi madre —como siempre—,
mi madre a nada olía.*

RAFAEL LAFFON

LA MUSICA

HEMEROTECA

NO TOCADLA. Es un arco
excelso, renacido.

Se le arderán las alas
si la tocáis, amigos.

La túnica inconsútil
se hará dolor brevísimo.

No tocadla. Que siga
flotando: oro perdido,
constelación informe,
macerado equilibrio,
fuego claro, indeleble
espuma de los siglos.

Así, sola, esplendente,
con su mundo y el mío.
Desposada armonía.
Insomne luz. Corrido
clariver.

(¿La miráis?
¿No la miráis? Ya pasa.
Ya arde. Confusión.)

Infinito
es esto que nos deja.
Invisible lo mismo
que el amor, que la duda.
Pasa y queda en su sitio.

BPM Cardenal Cisneros

FRANCISCO GARFIAS

ESTAMPA DE AYER

*CUBRIENDO el garabato
de la coleta
el sombrero de ala ancha;
breve chaqueta
de verde terciopelo
con cordoncillos
en los lindes oblicuos
de los bolsillos.*

*Camisa almidonada;
en la pechera
los sutiles encajes
de la chorrera,
y por botonadura
los petulantes
reflejos irisados
de los diamantes.*

*Pantalón bien cortado
de fina alpaca;
fanfarrona cadena,
y en la petaca,
ciñendo la diadema
de su refajo,
los burgueses vegueros
de Vuelta Abajo.*

*El pañolón de seda
liado al talle,
el matador de toros
va por la calle.
En sus botos corinto
de media caña
tiene el mejor espejo
el sol de España.*

HANNELORE

I

CALLADAMENTE, así, como si fueras
desconocido olor en mis jardines
ensanchaste a la sangre los confines
con la sola piedad de tus riberas.

Callada y concluyente te vinieras
sin heraldos de voz ni paladines,
y el corazón rozaba los jazmines
de las inesperadas primaveras.

La luz se fue contigo. Por tu nombre
me nació entre los dedos como un arte
de exprimir unos gajos de la vida.

Por ti ha de conocer mi pecho de hombre
—iniciada en los labios al nombrarte—
la cálida dulzura de una herida.

II

La esperada presencia que me arrulla
en tus manos la albura sorprendida,
el hueco de una hora y tu venida
de acrecentado verso en la voz tuya.

Y luego el despertar para que intuya
por qué se hace de noche a tu partida
y sostiene mi pulso una perdida
contienda y un ardor como de puya.

Ya tiene el corazón su cometido
de esperar tu milagro cada día,
la fuente el beso de la escarcha fría

y yo un dolor seguro y revivido:
dame un trozo de sombra y lejanía
para vivir la muerte del olvido.

CUANDO NO QUEDA MAS

HEMEROTECA

CUANDO no queda más, queda el recuerdo.

*Vivimos tantas veces como quiere
la luz de la memoria.*

*Es aquel sueño
junto a su despertar aquellas noches.
Es el camino aquél entre olivares
hacia cambiantes metas emprendido.
Es el beso de ayer sobre los labios,
el único entre muchos, que nos quema
y acaricia la sangre sorprendida.
Son los verdes instantes y los negros.
Son aquellas palabras de la madre.*

*Puede abrirse la herida, también puede
cerrarse fugazmente la tristeza.
Vencedora del tiempo y la distancia,
la vida en un arranque, de limosna,
cuando no deja más, deja el recuerdo.*

BPM Cardenal Cisneros

JUSTO GUEDEJA-MARRON

J A Z M I N

HEMEROTECA

*AQUI estuvo la sangre, el tizón del estío
para la llamarada del deseo.*

*Aquí la sangre en vilo, a tarascadas
por tu nevada chica, trébol de luna,
estrella, marginal del lagarto,
fabuloso
donaire de arreboles con promesas.*

*Aquí, jazmín, novicio de lo blanco,
pedacito de azahar, tú, surco, puerta
de mi franciscanía, retrasada
primavera, jazmín, tú haciendo mayos
los terribles agostos, remansando,
caramillo y brocal, los tenebrosos
aljibes del insomnio.*

*Te nombré trébol y te nombro ahora
trébol de cuatro hojas, sí, de cuatro
llaves o muros de infantil albura.
¿Cuál de estos cuatro filos de azucena,
jazmín, estrella, dime,
dime, nevada chica,
será el mensaje de mi buena suerte?*

BPM Cardenal Cisneros

JULIO MARISCAL MONTES

DIA Y HOMBRE

EL DIA cruje como un barco encallado
y la luz está ahí con su anillo de blanca desposada.

El hombre se levanta con el temblor que tiene la madera
cuando el brillo del hacha ilumina su piel,
descorre las cortinas,
se desviste de sueño
y pone su cabeza en los puños del agua
para sentir la realidad que llega.

El hombre toca el hueco de la taza,
pone un beso de abeja sobre el borde
y se bebe la sangre de la yerba,
toma un cigarrillo entre los dedos
y va durmiendo el humo entre los pasos.

La ciudad está ahí, con su brillo de fleje,
con su cantar de cuervo,
con su empuje de río,
con su rodar de aro
y sus paletas húmedas de muerte.

El hombre está en la altura,
pisa el cuerpo planchado de los árboles,
golpea contra el hierro que enrojece de rabia
o escribe en la oficina helados alfabetos.

Después viene la novia,
la sombra del jardín,
el humo de la iglesia y los cuerpos desnudos;
después viene el gemido
y la sombra del niño
para empezar de nuevo
la escarcha de otra historia.

P A I S A J E

NO ES ESTE un lienzo anónimo;
tiene firma y un sello de nobleza.
Es un original para belenes
y hay vida en las figuras, en el agua, en la piedra;
es como un cuento para niños pobres:
las rocas, el camino, la arboleda,
la aldea y el pinar. En la espadaña,
con una pata sola, tiritita la cigüeña;
a veces, la obediencia de un rebaño
se duerme en letanias de cencerros;
a veces un remanso de silencios;
a veces el fragor de una tormenta.
Ha bordado la araña
fantasías de encajes y cenefas,
regalo para pájaros amantes;
aquel molino abraza unas parcelas.

Traed, pintores, vuestros lienzos agrios
y yo os indicaré la diferencia
entre la vida real y la ficticia;
desatad vuestro fardo —paisajes en conserva—
de luz fingida, de color impuro,
retrato vivo de la vida muerta.

Aquí todo es de ley:
el nido de perdiz y la cardencha,
el enjambre, la alondra y el almendro,
y el mismo pozo, herida de la tierra.
El aire huele a cal, a monte, a trigo,
a estiércol el gañán, el surco a sementera,
y tienen vida el brote y la carrasca,
y tienen alma hasta las piedras muertas.
Aquí las cosas hablan de libres geometrías:
el reptil en kimono por las peñas,
el pan en las espigas y la nieve
arropando las costras de la sierra;
el arado peinando los barbechos,
el viento, revoltoso, en la ladera
desmelenada los pinos,
que mueven, perezosos, su osamenta;
la luz rica en matices y cambiantes,
blanquísima en la tapia de la aldea,
dorada en el camino,
verde, limpia en el rizo de la hierba,
azul en la techumbre, morada en lontananza...
¡torrente de hermosura y de pureza!

Este cuadro sublime
—¿quién le niega al autor inteligencia?—
todas las tardes a estudiarlo vengo.
Tiene la firma aquí: NATURALEZA.

JOSE CHACON

MUSA MORENA

HEMEROTECA

MORENA de piel y ojos y cabellos,
morena la sonrisa y la mirada,
morena en los destellos
de gracia inmaculada.

Morena la palabra seductora,
morena en las caricias y los besos,
morena en la dulce hora
de todos los excesos.

Morena en la hermosura,
morena en la dulzura
de la noche serena.

Morena en el sentir de los deseos,
morena en los felices devaneos,
y en el ensueño poético, morena.

BPM Cardenal Cisneros

JULIO GANZO

TIEMPO DE ESPERANZA

HEMEROTECA

*Y AHORA, toda la noche muere
en palabras pasadas. Madre, mira
cómo amanece, cómo se elevan
por las escalas del viento voces
de hombres, sí, madre, nuevos
como esta mañana que estrenamos.*

*Dicen haber roto largos
nocturnos de asco y se levantan
con los brazos abiertos. Mira
mis manos, madre, limpias de pecado.*

*Hubo un tiempo mejor y hubo otro tiempo
vacío; se quedaron
los relojes parados y las cuerdas
como serpentinas en el aire.*

El corazón sin tiempo desangraba.

*Ahora vamos a ver lo que se puede
hacer, madre, sin miedo.*

BPM Cardenal Cisneros

LUIS DE BLAS

UNAMUNO Y SU IBERISMO RADICAL

HEMEROTECA

LA MUNIFICENTE amistad que me une con el doctor Nunes dos Santos ha puesto en mis manos, con varios lustros de retraso, la edición que Ramiro Mourao lanzó al público con las cartas de Manuel Laranjeira. Pero este libro, aparte de que en él se encierra todo el drama de una existencia profundamente torturada, reviste una primordial importancia que conviene señalar: la de que es una obra que interesa tanto a la literatura portuguesa como a la española, ya que va prologado por uno de nuestros mejores pensadores, Miguel de Unamuno, y, también, porque en él aparecen unas cartas inéditas —cinco en total— del maestro de Salamanca dirigidas a aquel hombre de ciencia, filósofo, escritor, poeta y suicida que se llamó Manuel Laranjeira.

De todos es sabido lo dado que era don Miguel a la correspondencia epistolar, a lo que él llamaba «hondonadas del espíritu». Don Miguel no era amigo de viajar. Sin embargo era raro el verano que, desde su Salamanca, no hiciese su acostumbrada visita al país vecino. Fruto de esos viajes ha sido el por todos tan conocido *Por tierras de España y Portugal*, libro de feliz recordación en el que de una manera prodigiosa late tan vivamente toda la literatura y poesía del Portugal décimonono.

Conoció Unamuno a Manuel Laranjeira en Espinho, en el verano de 1908. En un principio, antes de conocerle —el hombre es lobo para el hombre que no conoce— no le fue simpático. Sin embargo, cuando buceó en las reconditeces de su alma, brotó una amistad fiel, generosa, que duró hasta su desgraciada muerte. Aquel mismo verano Unamuno tuvo que salir de Espinho de una manera precipitada, rápida, sin poder despedirse de él tan siquiera. La muerte de su madre lo quiso así. Pero la amistad continuó por correspondencia. Cada carta que don Miguel recibía de Laranjeira era una fiesta, «una terrible fiesta» para su espíritu. Hizo posteriormente otro viaje a Espinho nada más que para ver a su amigo y conversar con él. Fue Laranjeira quien le puso al desnudo el alma de Portugal, del Portugal más hondo y más grande de aquel tiempo. Y fue Unamuno quien, volcándose sobre el amigo bueno, le hablaba con pasión de lo grande que era España, y le dio a conocer a Ganivet, ya que «tengo un gran celo —decía— de que se conozca lo bueno nuestro y no le trastornen el juicio los Martínez Sierra, Villaespesa, etc.».

Unamuno, hombre inquieto, intercambiaba pensamientos e ideas. Como Oberman, amaba la naturaleza. De ahí que sus escasas amistades poseyesen un alto y profundo sentido de lo lírico. Al fin y al cabo, él, también poeta, se apasionaba extremadamente por todo lo creado. La poesía manaba de su cerebro como el agua de una fuente. Y sobre un

paisaje lírico hablaba de las cosas y de los seres y, también, de lo que él llamaba «la inmortalidad del nombre y de la fama». Por eso sus poemas, engendrados en lo más íntimo, los consideraba como hijos suyos, y ante la posibilidad de salvar no el nombre, sino el espíritu ante las gentes, escribía:

*Cuando me creáis más muerto
relembiaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma —libro,
hombre—, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vivo.*

Unamuno fue combatido por muchos e incomprendido por otros; sufrió la fría desnudez del destierro y saboreó las mieles de la gloria. Pero él no se proponía complacer a nadie. «Me motejan de paradojista — escribía a su amigo—. Y es que se han empeñado en hacerme un erudito —¡qué fea es esta palabra aquí, en España!— u otra cosa por el estilo, sin echar de ver que nunca he sido más que un hombre de pasión y de sentimiento y que si alguna filosofía tengo es una filosofía sentimental.» Así se explayaba ante el amigo, con cartas tan personales que reflejaban el sentir de toda una época: «Lo del clericalismo es un trampantojo. No nos gobiernan los frailes, ni el Nuncio —eso son habladerías—; nos gobiernan entre la Tabacalera, el Banco, la compañía del ferrocarril del Norte y el «trust» periodístico. Y se suscita el problema clerical para llamar la atención.» «No sabe usted lo que sufrí el año pasado con esa indecente campaña pro Ferrer, campaña de embustes, mentiras y calumnias. Me siento cada vez más antieuropeo. Es intolerable el que un caballero francés (sobre todo francés), belga, alemán, inglés o italiano (!!!), porque sepa algo de química, cálculo integral, histología o egiptología, se meta a juzgar de lo que aquí pasa, sin saber si Córdoba es o no puerto de mar y si somos blancos, negros o amarillos.»

A estas cartas respondía Manuel Laranjeira con otras no menos expresivas en las que ponía al descubierto la podredumbre política del Portugal de aquel entonces, para más tarde, los dos pensadores, dejando a un lado la política, adentrarse por los senderos de la vida placida y feliz: «¡Qué bien me vendría —decía Unamuno— ir al más olvidado rincón de su tierra, tan dolorosa, pero para mí tan sedante, y echarme al pie de un pino y ver pasar las nubes por entre sus ramas!»

Un día, en febrero de 1912, el correo devolvió a Unamuno un ejemplar de su *Rosario de sonetos líricos*. Venía el paquete con su matasellos y encima una frase lapidaria: «Faleceu». Desde entonces, Unamuno se sintió más solo al perder al amigo querido, aquel incomprendido o inadaptado Manuel Laranjeira, en el que, como Antero de Quental, la cabeza y el corazón riñeron serias batallas.

Libros y Revistas

JUAN RUIZ PEÑA: *Andaluz solo*. Ediciones «Insula». Madrid. 1962.

«¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?», «¿Es que Andalucía se ha quedado sin nadie?», «¿Es que acaso en los montes andaluces no hay nadie?», se preguntaba Rafael Alberti en una balada sentimental dedicada a los poetas andaluces de hoy. La respuesta la ha dado Juan Ruiz Peña con la reciente publicación de su libro *Andaluz solo*, donde en él se ve que los poetas andaluces laten y saben cantar a todo aquello que les es íntimo y familiar y fiel al pueblo.

Juan Ruiz Peña es un lírico andaluz trasplantado a Castilla, a tierras cidianas, para ser más exactos. Pero él ama y siente a su tierra natal. La lleva consigo. El viento del Sur, sigue siendo su viento, y aunque él, un día, andaluz solo, vino a Castilla a soñar, la nostalgia de los años verdes y la ausencia le hacen evocar, en sentidos y emocionados versos a su tierra andaluza. Ruiz Peña no recurre a tendencias extrañas ni cae en amaneramientos de ninguna clase para expresar lo que siente. Antes al contrario, sabe forjarse su propio estilo —no en balde es Catedrático de Literatura— para cantar de una manera magistral a los cenicientos olivos, a las plazuelas blancas de cal y olorosas de jazmines, a las viñas con racimos como el sueño, a las bodegas que esconden su vino secular...

Andaluz solo es su quinto libro de versos. En él el poeta ha sabido fundir a la naturaleza y al hombre en íntima comunicación. Poeta nato, con una sensibilidad hecha a su medida, Ruiz Peña ha sabido deleitarnos con la lectura de sus poemas, escritos con palabras justas, medidas, y con un conocimiento verdaderamente hondo de nuestra lengua.

No se ha quedado sin nadie Andalucía. Sus poetas saben cantarla. No sería Ruiz Peña un poeta andaluz, de Jerez de la Frontera por más señas, si no supiese superar la realidad con esa variedad de matices que posee *Andaluz solo*.

Y todo desde esta ancha y llana Castilla.

—o—

ALBERTO ALVAREZ-RUZ: *Los álamos impíos* (poemas). Madrid. 1962.

Otro poeta andaluz que hace acto de presencia. Se trata de Alberto Alvarez-Ruz, nacido en Sevilla, que con *Los álamos impíos* inicia su segunda salida

al campo de la poesía. Actualmente reside en Madrid. Y en Madrid es donde nos ha sorprendido con la publicación de sus poemas *Los álamos impíos*.

En estos poemas el poeta se nos muestra en su más completa plenitud. Divide su obra en cinco partes, aunadas bajo el pensamiento del joven y malogrado poeta inglés John Keats: «La poesía de la tierra nunca muere.»

Felicitemos a Alberto Alvarez-Ruz por esta eclosión de poemas y le alentamos a perseverar en tan difícil y grata tarea.

—o—

RAFAEL MELERO: *El tren lento*. Colección «Antología de poetas de lengua portuguesa y española». Lisboa. 1962.

Rafael Melero nace en Toñino (Pontevedra). Según él, ha llegado con retraso a la poesía, pues escribe sus primeros versos a los treinta años de edad. No obstante, Rafael Melero es un poeta completo. Los quince poemas que componen *El tren lento* bastan para justificarlo. También es autor de *Tarde roja*, *La voz en el tiempo*, *Alba del viento y Mundo inmediato*.

El tren lento lo dedica a Vicente Aleixandre y todos los poemas van precedidos de una cita del autor de *Sombra del Paraíso*.

El libro está ilustrado por el propio autor y la cubierta corre a cargo de Francisco Lezcano.

—o—

«TORRE TAVIRA»

Bajo la dirección de Ignacio Rivera Podestá, *Torre Tavira*, desde Cádiz, inicia su segunda época de publicación con un valioso número.

Fernando Quiñones, con su «Oda al canto» abre el número, seguido de Luis López Anglada con unas «Soleares al Puerto de Santa María». Hilario Angel Calero, Joaquín Caro Romero, Juan Cervera-Sanchis, Julio Alfredo Erea, Miguel Freire Galende, Rafael Guillén, Nicolás del Hierro, Rafael Laffón, Francisco Lezcano, Francisco Malia Varo, José Maqueda Alcaide, José Luis Oterino, Manuel Pacheco, Rafael Palma, María del Carmen Pérez Cordobés, Juan Porcar e Ignacio Rivera Podestá componen el sumario de este primer número, que se ve realizado con la colaboración artística de Joaquín Bayerrri, «Naci» y «Tete».

Torre Tavira está editada por el Aula de Cultura del Movimiento de Cádiz y LLANURA le desea muchos años de vida.

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros